

## SAN LORENZO DE BRINDIS, O. F. M. CAP., NUEVO DOCTOR DE LA IGLESIA

(22 julio 1559—22 julio, 1619)

«La Santidad de Nuestro Señor Juan XXIII, después de recibir el parecer favorable de la S. Congregación de Ritos, se dignó dar, el 19 de marzo, el Breve Apostólico *Celsitudo ex humilitate*», en el cual proclama a SAN LORENZO DE BRINDIS *Doctor de la Iglesia universal*, extendiendo su Oficio y su Misa al día 21 de julio de todos los años.

Así reza la noticia transmitida por "*L'Osservatore Romano*", del 10 de mayo de 1959 página 1.

Con la elevación de San Lorenzo a esta dignidad y honor Su Santidad el Papa felizmente reinante sanciona, en la forma más autorizada y solemne, la excelente doctrina que el célebre capuchino derramó durante su intensa actividad en el magisterio sagrado, y consignó al patrimonio de la tradición teológica en los 15 volúmenes de sus *Opera Omnia*, «veri scilicet thesauri sapientiae», como los califica el Sumo Pontífice en el documento poco ha citado.

En el brillante senado de esos inclitos hijos de la Iglesia, que poseen la santidad y al mismo tiempo una ciencia sagrada auténtica y excelente —los Doctores— San Lorenzo ocupa el 30 puesto. Entre los Franciscanos es el 3.º; viene después de San Buenaventura, el *Doctor Seráfico*, y de San Antonio, titulado el *Doctor Evangélico*. San Lorenzo ingresa en la Academia de los representantes calificados de la doctrina divina con el título de *Doctor Apostólico*.

Entre las escuelas y corrientes católicas de la teología y filosofía descuella la ciencia espiritual franciscana: doctrina o conjunto de doctrina de tendencia mística y tono afectivo, que brotan de la fuente del Evangelio vivido como norma de vida y se derraman en una actividad apostólica. Representante típico de ella o encarnación perfecta del franciscanismo es San Lorenzo de Brindis.

La historia de la edad postridentina, dominada por el tema de aquellos tiempos (la expansión del protestantismo y la contraofensiva de la reforma católica, todo ello inmerso en un clima juntamente político y religioso) no puede prescindir de este religioso capuchino italiano, de la provincia monástica de Venecia, el cual fue enviado (1599) al frente boemo-austriaco como jefe de un grupo de Hermanos de su Orden, a quienes colocó en Viena, Graz y Praga. Aquí le precedió la fama de religioso austero, hombre cultísimo, predicador iluminado y polemista eficaz. Contaba cuarenta años y ya había re-

---

1. *Litterae Apostolicae, "Celsitudo ex humilitate". S. Laurentius Brundisinus, Doctor Ecclesiae Universalis declaratur*, «Analecta Fratrum. Minorum Capuccinorum», 75 (mart.-mal., 1959), 49 ss.

2. *L. c.*, p. 51.

corrido triunfalmente toda Italia. En Praga, capital entonces del Imperio Germánico, conmovió con sus sermones apologeticos la opinión pública y provocó la reacción de los protestantes que forzaron al Emperador Rodolfo II a decretar su expulsión, la cual no se llevó a efecto. Su fama y autoridad se acrecentaron por haber intervenido en la batalla de Stuhlweissenburg (Alba Real), del 9 al 12 de octubre de 1601, reñida entre el ejército imperial contra 80.000 turcos del sultán de Constantinopla Mohamed III, que intentaba conquistar Austria y amenazaba invadir buena parte de Europa y hasta la misma Italia. San Lorenzo redactó la autocrónica de su valor en el campo de batalla en el opúsculo *Commentariolum de rebus Austriae et Boemiae*: muchos testigos autorizados —soldados y capitanes— le atribuyeron el mérito de haber conducido las tropas a la victoria: él, empero, se lamentará de haber perdido la ocasión de conseguir el martirio.

En 1602 fue elegido Ministro General de la Orden por tres años. Pasado ese paréntesis, volvió con acrecentada autoridad a la lucha antiprotéstántica en Praga (1606-1610) y en Munich (1610-1613) al lado de su íntimo amigo el Duque Maximiliano de Baviera. Por entonces trabajó denodadamente por establecer una Liga de Príncipes católicos de Alemania para contrarrestar la fuerza de la Unión de los Príncipes protestantes. Enviado en misión oficial a la Corte de Madrid, ganó para la Liga la adhesión y la ayuda financiera de Felipe III. A esta siguieron otras misiones diplomáticas, como la pacificación de las autoridades españolas con Carlos Manuel, Duque de Saboya (1618) y la última legación a Madrid y Lisboa, enviado por la ciudad de Nápoles: durante este viaje murió en esta última ciudad. El noble español D. Pedro Toledo Osorio, quinto Marqués de Villafranca del Bierzo (provincia de León), gran devoto del santo, hizo embalsamar su cadáver y trasladarlo a dicha ciudad, al convento de la Anunciada, fundado por él mismo en 1606, para cumplir el deseo de su hija D.<sup>a</sup> María de ser monja descalza. El cuerpo de San Lorenzo llegó a Villafranca desde Lisboa, el 9 de agosto de 1619. Con su cuerpo llegó un retrato del santo difunto, que ha servido de modelo para representar su efigie con la mayor autenticidad posible. En dicha iglesia reposan desde entonces sus venerables reliquias. Su Santidad Pío VI lo elevó al honor de los altares y León XIII lo canonizó. En su altar actual se lee la siguiente inscripción: «S. Laurentio, olim patri, hodie protectori, Min. Capulati dicavere. An. D. 1894».

Las principales fechas de su vida pueden reunirse en esta breve ficha biográfica: Nace el 22 de julio de 1559 en Brindis. Toma el hábito capuchino en Verona, el 18 de febrero de 1575 y profesa el 24 de marzo de 1576. Se ordena sacerdote el 18 de diciembre de 1582. Es sucesivamente Profesor (1583), Superior Provincial de Toscana (1590-1592), Venecia (1594-1597), Génova (1613), Definidor General durante tres trienios (1596-1602; 1613-1619); Superior General de toda la Orden (1602-1605); Comisario General de Alemania (1608-1612). Muere en Lisboa el 22 de julio de 1619. Es Beatificado (1 junio, 1783), Canonizado (8 diciembre, 1881) y declarado Doctor de la Iglesia Universal (19 marzo, 1959). Como nota especial puede añadirse que estuvo tres veces en España: la primera como Superior General de la Orden Capuchina (1603); las otras dos (1609 y 1619) como representante diplomático de la Liga Católica alemana y de la ciudad de Nápoles, respectivamente.

Sus biografos hicieron resaltar particularmente su personalidad de predicador y maestro extraordinariamente dotado, porque poseía un celo fuerte y oportuno y ciencia excepcional. Cuando San Lorenzo definía la predicación como «magnum et superhumanum munus», porque exige en el predicador las dos cualidades fundamentales denominadas por él «vitae sanctitas et doctrinae veritas», no reflexionaba tal vez que el P. General le había concedido la facultad de predicar cuando era solamente Diácono, en 1581, a la edad de 22 años: excepción muy significativa. Por lo demás él sentía este encargo como su vocación propia. «Dios me ha llamado a ser franciscano para convertir a pecadores y herejes». Aun en su aspecto exterior se presentaba «como un hombre hecho

para grandes cosas», al decir de sus contemporáneos: por la fuerza de su dicción «en la faz parecía un San Pablo».

Durante la Edad Media y primeros siglos de la Moderna el púlpito era considerado algo así como una cátedra, menos científica que las de las Universidades, pero más frecuentada y de más inmediata y amplia irradiación. La escasez de medios propagandísticos convertía el púlpito en el micrófono de las turbas, transformaba al predicador renombrado en el hombre del día y hacia del sermón el acontecimiento más importante del lugar y hasta de la región o provincia. Recuérdese la inmensa popularidad de un San Antonio, un San Vicente Ferrer o un San Bernardino de Sena.

San Lorenzo predicó sin cesar en Italia, Austria, Bohemia, Alemania y algo también en España (Madrid). Su fama congregó en torno a él numerosos auditorios y le concilió la estima de las autoridades eclesiásticas y civiles; extraordinario a este respecto fue el testimonio del Cardenal Dietrichstein, Comisario General del Imperio Germánico cerca del Papa Paulo V. Dice así: dirigiéndose al Sumo Pontífice: «Certifico V. B. che farebbe la religione cattolica incredibile perdita con sua partenza, essendo egli et per esempio, per dottrina et per consiglio mirabile, et che indrizza tutti i consiglieri di S. M.».

La edición de sus *Opera Omnia* (1926-1956), erudita en el aparato y elegante en la presentación tipográfica, puso en manos de teólogos e historiadores el documento literario, la prueba documental del testimonio concorde de los contemporáneos, confirmado por actos pontificios y transmitido por la hagiografía, acerca de la excelencia de su doctrina. El esmerado escritor manejó la pluma como docto preludeo del sermón: así nos dejó —por extenso o bien en croquis más o menos amplio— el texto latino (exceptuados nueve en italiano) de más de ochocientos sermones que ocupan once de los quince volúmenes de que consta la entera edición. El *Mariale* (1 vol.), el *Quadragesimale primum* (1 vol.), el *Quadragesimale secundum* (3 vol.), el *Quadragesimale tertium* (1 vol.), el *Quadragesimale quartum* (1 vol.), *Adventus* (1 vol.), *Dominicalia* (1 vol.) y *Sermones de tempore* (1 vol.). Los «sermones» y las «homilias» están compuestos a manera de lección: El contenido doctrinal, su división y desarrollo ordenado tienen la prevalencia casi exclusiva sobre los elementos retóricos pertenecientes al género oratorio y a los cursos del sermón recitado. La S. Escritura rige toda la exposición de las verdades de fe y de las normas de conducta cristiana, que están presentadas teológicamente, aplicadas moralmente e inculcadas ascéticamente.

De este prontuario de doctrina kerigmática estudiosos de teología, de filosofía y de ciencias humanísticas han sacado óptimo material para monografías y tesis doctorales acerca del pensamiento del Santo Doctor. Esta forma de magisterio eclesiástico y de ministerio sacerdotal se asemeja a la actividad de aquellos Santos Padres y pastores de almas que con la palabra gobernaron e instruyeron al pueblo cristiano. En los sermonarios se hallan con frecuencia expuestos puntos doctrinales, como por ejemplo la regalidad de Cristo, la Asunción de María Santísima al cielo, etc., que casi no aparecen en los tratados escolásticos de las *Sumas*. La actuación misional de San Lorenzo de Brindis iguala en amplitud y duración a la análoga de San Antonio de Padua.

A juicio de los especialistas, los 62 sermones del *Mariale* ofrecen una *suma* completa de Mariología, que descuella en la bibliografía mariana contemporánea y aun en la de los siglos precedentes. Ante todo, San Lorenzo formula y pone muy de relieve el principio primario de la teología mariana o sea la *maternidad física y divina* de María respecto de Jesucristo. Hombre-Dios, y su *maternidad espiritual* respecto de todos los cristianos: desarrolla los principios secundarios de la *singularidad*, de la *conveniencia*, de la *analogía*, o semejanza con Jesús Redentor: comprueba y sostiene los privilegios singulares de la Madre de Dios: La inmunidad de toda culpa, aun la original, la plenitud de la gracia, la perpetua virginidad de alma y cuerpo, la asunción glorificante al cielo; presenta la misión específica de la Virgen ya en el eterno consejo predestinante de Dios ya en su actuación como Madre del Cristo histórico y del Cristo místico, como mediane-

ra de todas las gracias y como reina del universo; defiende la legitimidad, la naturaleza y los actos del culto mariano contra los ataques de los protestantes. En este amplio y devoto tema de la Mariología pocos escribieron como él, y nadie mejor que él.

La necesidad de preparación esmerada y de información erudita hicieron de él un servidor cuidadosísimo y apasionado de la palabra de Dios, contenida en la Biblia (que aseguraba saber de memoria, aun en el texto original). Por encargo de los Pontífices Gregorio XIII y Clemente VIII, dió regularmente lecciones exegéticas en Roma y otras ciudades a los hebreos para convencerlos de la mesianidad de Jesucristo, de su divinidad y de la verdad exclusiva del cristianismo. Esta tarea y la enseñanza de la S. Escritura a los jóvenes religiosos de su Orden lo condujeron a un conocimiento esmerado de la lengua y literatura hebreas, como también de los idiomas arameo y caldeo. El mismo reputaba tan excelente pericia un carisma recibido de Dios, que le permitió componer—siendo joven, entre los 25 y los 31 años—, la *Explanatio in Genesim*, es decir, de los primeros once capítulos. Emplea magistralmente el método filológico en la búsqueda de sentido literal; lo seguro y vasto de su información exegética, sea patristica, sea talmúdica, sea de los intérpretes más recientes, le autorizan a formular opiniones propias sopesando críticamente las ajenas, aún las venerables por su autoridad y antigüedad. Tal originalidad e independencia confieren solidez, variedad y cierta gracia docta a su exposición. En los excursus doctrinales aparece el teólogo que trata de los problemas relativos a Dios creador, a sus tributos, a los ángeles, a la naturaleza, y composición del hombre, al estado de justicia original, al libre albedrío, a la institución matrimonial, etc.

Su dominio de la ciencia bíblica que los novadores ponían a la tradición, a la escolástica y al magisterio de la Iglesia, le dió una autoridad indiscutida en las controversias antiprotestantes. Con sensibilidad de auténtico campeón de la fe vió al protestantismo como la degeneración de la verdad cristiana y la ruptura de la unidad de Europa, no sólo católica sino también política y civil. Además de las disputas jurídicas en el terreno insidioso de la diplomacia, que condujo con mano firme en las cortes, gustaba de luchar en la polémica doctrinal directa con los atrevidos portaestandartes de las nuevas doctrinas: esta su oposición era solicitada y seguida de cerca por eminentes personalidades como Nuncios, Prelados y Príncipes, doctos eclesiásticos y civiles.

Como siempre, a cualquiera de sus formas específicas de apostolado corresponde un momento literario: «*Quo in viro alto et excellenti haec duo sunt praecipua: studium apostolicum et magisterium doctrinae: ore docuit, calamo erudit, utroque militavit*», enseña con acertada y concisa expresión el Sumo Pontífice en el Breve citado<sup>1</sup>.

De una disputa suya en Praga contra el luterano Policarpo Leyser, teólogo, escritor y predicador en la corte del Príncipe Elector de Sajonia, nacieron los tres volúmenes de la *Lutheranismi Hypotyposis*, destinados a la imprenta como un manual de apología de la fe católica y de refutación de la interpretación protestante. El vigor de la dialéctica teológica está sostenido por la exactitud del escritor bien documentado acerca de la génesis histórica y doctrinal del luteranismo; se informa directamente en la literatura y la simbólica luterana, en unos cuarenta autores reformados, sin excluir manuscritos y opúsculos, además de las obras del mismo Lutero. A las controversias sobre la revelación, la Iglesia, la tradición, la sagrada Escritura, se añaden las argumentaciones dogmática sobre el pecado original, la justificación y la gracia, la fe y las obras, el culto de María y de los Santos, la Eucaristía, como sacrificio y como sacramento, el celibato eclesiástico, el purgatorio, etc. El docto polemista se empeña en la demostración histórico-polémica de la falsedad del sistema religioso luterano, en la persona del fundador, en la de sus secuaces y epígonos, en sus puntos doctrinales más básicos y en

3. L. c., p. 51.

sus consecuencias sociales. Esta apelación o recurso a la historia contemporánea y futura da perenne valor a las apreciaciones de San Lorenzo. En esta tarea defensiva y confirmativa, característica de la época, en el género teológico de la controversia, San Lorenzo emula la actuación de San Pedro Casiano con mayor tono polémico; y simplifica, para uso ministerial, el método escolástico de las *Disputationes* de San Roberto Belarmino.

Con la sucesiva publicación de las *Opera Omnia* se intensificó también la aparición de una bibliografía científica de valoración de ellas, como se echa de ver en los *Studi* reunidos en el volumen primero de la colección *Miscellanea Laurentiana*<sup>4</sup>, los cuales impulsaron a nuevas investigaciones históricas y doctrinales. Digna asimismo de mención y de elogio es la traducción italiana del *Mariale* por el P. Mariano de Alari: sus tres volúmenes inician dignísimamente la colección "*I classici mariani*", L. M. F. Roma, 1958. Confiamos en que pronto aparezca la traducción española de tan preclara obra.

La proclamación de San Lorenzo como Doctor de la Iglesia universal tendrá para los estudiosos de historia y de la ciencia eclesiástica un adecuado comentario en una biografía de varios volúmenes, próxima a publicarse, acompañada de gran abundancia de documentos que se editarán íntegramente aparte. Los archivos eclesiásticos y de Estado de casi todas las naciones de Europa, esmerada y metódicamente inspeccionados, ofrecieron un material elocuente, que hace de San Lorenzo un hombre de su época en cuanto que intervino en graves acontecimiento y dejó tras de sí huellas y resonancias en la correspondencia internacional.

Si en el cielo de la ciencia eclesiástica un astro gana nuevo esplendor en cuanto testigo calificado de la fecundidad del magisterio divino y de la indefectibilidad de la Iglesia de Jesucristo, en el horizonte de la historia se presenta en el primer plano una personalidad eminente en los sectores más atacados de la civilización cristiana, representando para su tiempo y para los futuros siglos el vigor, el ritmo de acción con que la Orden franciscana, en la familia de los Capuchinos, cumple su misión en la Iglesia y en la sociedad.

P. de Zamayón, O. F. M. Cap.

## † P. AGUSTIN GEMELLI, O. F. M.

(1878-1959)

Toda la Cristiandad con el Sumo Pontífice a su cabeza ha llorado el reciente fallecimiento del franciscano P. Agustín Gemelli, que deja tras de sí un gran ejemplo de santa actividad al servicio de la Iglesia (S. S. Juan XXIII).

Nació el P. Gemelli y se educó dentro de un ambiente socialista, en el que distinguió bien pronto así por sus extremistas teorías como por sus contundentes intervenciones en las algaradas callejeras y universitarias. El año 1903 abriéronse sus ojos a la luz de la gracia, a cuya moción se entregó con todo el ardor de su carácter, que le condujo hasta a ocultar su robusta personalidad bajo el pardo sayal del Poverello de Asís. A la vez que su vida y en sentido análogo viraba su ideología científica. Su primera formación, médica, había sido inspirada en el Positivismo cientista, dominante en Italia du-

4. Padua, Ed. Gregoriana, 1951.

rante la segunda del siglo XIX. No tardó Gemelli en advertir la inania de semejante pseudofilosofía y su incapacidad para proporcionar una explicación satisfactoria de la vida humana. Desde aquel momento se orientó decididamente hacia la Psicología, en cuyo campo realizó sus más notables descubrimientos, que lo condujeron por vía experimental a la concepción dualística del hombre, profesada desde siglos por los pensadores escolásticos. Su postura dentro de la Psicología experimental nunca se resintió de exclusivismo; en sus trabajos y en los de su Escuela se advierte una gran variedad respecto al uso de los métodos de investigación psicológica. Junto a la experimentación biológica se encuentra la introspección, la técnica electrónica, los test proyectivos, los múltiples instrumentos de la psicología clínica... El mismo Gemelli, aunque prefería para su actitud la calificación de «fenomenológica» y de «antropológica», no rechazaba la de «eclectica»; su intención era la de explotar el ánima veritatis encerrada en cada uno de los métodos de investigación psicológica.

No es posible dar una breve nota, una reseña, ni siquiera concisa, de todas sus experiencias ni de todos los trabajos publicados por el P. Gemelli en esta su preferida rama del saber. Solamente aludimos a su análisis psicológico del lenguaje, realizado por sus más célebres experiencias, destinadas a quedar como clásicas así en la historia de la Psicología como en la de la Medicina; sirviéndose de medios electroacústicos, aplicados al lenguaje, el P. Gemelli ha abierto un nuevo camino al estudio de la personalidad humana.

Además de un sabio eminente, el P. Gemelli ha sido un organizador insuperable. Sacerdote joven todavía, reúne junto a sí un «Gruppo di studiosi», que muy pronto se identificaron con sus altos ideales y le prestaron una valiosa colaboración a la hora de llevarlos a la práctica. Con ellos proyectó una activa propaganda para la renovación del espíritu cristiano, aletargado entonces en Italia, en todos los órdenes, especialmente en el científico. Su ideal fue la restauración del pensamiento cristiano tradicional, tomándolo de sus auténticas fuentes medievales; su punto de mira, Lovaina, donde Mercier estaba llevando a cabo con éxito y brillantez una obra semejante. En 1909 comenzó el «Gruppo» a publicar la «Rivista di Filosofia Neo-scolastica», con la misión de sanear el ambiente ideológico, inficionado primero de Positivismo y luego de Neo-hegelianismo gentiliano y crociano. Funda en 1914 la editorial «Vita e Pensiero», que ha difundido por toda Italia obras nacionales y extranjeras de gran valor teórico y educativo.

Pero la obra cumbre del P. Gemelli, orgullo del catolicismo italiano, que la sostiene, y admiración del mundo así católico como acatólico, es la «Università del Sacro Cuore» de Milán, que desde su apertura, el día 1 de diciembre de 1921, ocupa un lugar preeminente dentro de la cultura cristiana y occidental. Este centro universitario, reconocido oficialmente por el Gobierno italiano en 1924, ha vivido desde su erección hasta la actualidad en un movimiento de no interrumpido progreso, bajo la enérgica y atinada dirección de su fundador y vitalicio Rector Magnífico, P. Agustín Gemelli. Funcionan actualmente en la Universidad del Sgdo. Corazón Facultades de Filosofía, Letras, Medicina, Derecho, Ciencias económicas y políticas, agrarias y de comercio; se publican en ella nueve revistas de carácter exigentemente científico, sobre las más variadas materias, que abarcan desde la Filosofía hasta la Papirología. Su selecto cuadro de Profesores, su abundante biblioteca, sus bien provistos laboratorios, sus colegios anejos, sus 11.000 estudiantes... hacen de la «Università del S. Suore» un centro cultural de primerísima categoría. Baste recordar que Fernberger, director de la Escuela de Psicología de Filadelfia, después de una visita, llegó a afirmar que sus laboratorios de Psicología contenían mayor número de instrumentos que cualquiera de los laboratorios norteamericanos.

En la «Università del S. Cuore» el P. Gemelli ha erigido uno de los centros más eficientes de la restauración filosófica cristiana, en la «Rivista di Filosofia Neo-scolás-

tica», un órgano difusor de la máxima garantía, en los laboratorios de investigación científica, un medio eficaz de poner al servicio del pensamiento tradicional los maravillosos progresos de la ciencia moderna. En su honor y como sincero homenaje a la memoria de tan egregio impulsor de cultura cristiana, consagra SALMANTICENSIS estas breves y emocionadas líneas.

R. López de Munain, O. F. M.

